

LA HISTORIOLOGIA

José Ortega y Gasset

Se trata de lo siguiente: la realidad histórica ¿no es más que lo que nos cuentan los historiadores? Como es sabido, la historiografía contemporánea pretende definir el modo de conocimiento que la es constitutivo con la fórmula de su patrón Ranke, diciendo que se propone averiguar «qué es lo que propiamente ha pasado» – *Wie es eigentlich gewesen ist* –. Esta frase es polémica: ha sido afilada contra la filosofía de la historia, contra Hegel, y sólo tomándola en este sentido agresivo se la puede entender. No nos hagamos ilusiones: el historiador de los últimos cien años quiere decir con ella: si el día tantos del año mil y tantos el Cid llevaba calzas y si éstas eran verdes. Reunir los documentos que comprueben este hecho es hacer investigación histórica. Que el Cid lleve o no calzas es «haber pasado algo», es un elemento representativo de la realidad histórica. Ni que decir tiene que los historiadores, con Ranke a la cabeza, cuando abandonan la agresión a la filosofía de la historia y se ponen a hacer su historia son inconsecuentes consigo mismos. Así Ranke nos dirá que él busca en esa realidad histórica y entre las calzas lo que él llama con hipermayúscula las «Ideas históricas», es decir, los grandes factores organizadores de esa realidad que entonces queda jerarquizada y dividida en dos clases de elementos cuyo rango es muy diferente: la pululación de hechos insignificantes y los grandes hechos viscerales que es preciso denominar con términos gigantes – como Catolicismo, Germanismo, Romanismo, etc.–. Con esto la expresión «lo que ha pasado» adquiere un valor equívoco y se carga de dos significaciones heterogéneas: el llevar o no calzas no puede «pasar» y ser realidad en el mismo sentido en que pasan y viven y actúan y son realidad tan vagas y enormes entidades como Catolicismo, Germanismo, Romanismo, etc. Pero además, esa anatomía de lo real histórico que lleva a articularlo en grandes ideas motores y mínimos hechos pululantes no es ya narración histórica: es un pensamiento que *a priori* aporta el historiador al entrar en el archivo, es una concepción pre-documental y trans-documental e intangible por todo documento, es una concepción *a priori* de la estructura que *toda* realidad histórica por fuerza posee, estricto *pendant* de la estructura metafísica que, según Aristóteles, todo ser en cuanto ser, *ὄν ἢ οὐ*, tiene, y según la cual lo real se descompone en elementos inesenciales, variables, contingentes y elementos esenciales, indefectibles y categóricos. Es, pues, esa anatomía de lo histórico ni más ni menos que toda una ontología de la realidad histórica. Resulta de esto que la ciencia de Ranke, a quien podemos considerar como representante titular de todo el gremio, se compone en verdad, aunque no se declare, de dos cosas muy distintas: por un lado es investigación histórica – archivería, filología, arqueología –, es decir, faena empírica, datos; por otro es nada menos que noción *a priori* de lo histórico, pura ontología. Me es indiferente cual sea el contenido determinado, la doctrina particular de esta ontología: lo que es incuestionable es que si de una obra histórica, la más humilde, la contribución más concreta de un investigador, se retira todo lo que es dato queda un esqueleto constituido por la idea – que en el historiador reside – de cómo es en su esencia inmutable lo real histórico, [es decir], un cuerpo de categorías. En la mayor parte de los casos el historiador no ha meditado un momento sobre esa ontología que en su mente reside y [le hace actuar] selectivamente y plásticamente sobre el caos de los documentos, sino que la ha recibido del ambiente, de la ideología atmosférica y circulante. Son, en efecto, la inmensa mayoría de los autores, gentiles hombres burgueses que hablan en categorías sin saberlo. Hablan constantemente de guerra, revolución, colonización, recesión, decadencia, estancamiento, crisis, plenitud de los tiempos, salvajismo, barbarie, renacimiento, generación, tradición, restauración, etc., etc., sin pararse un segundo a fijar el sentido de estos vocablos, que son, nada menos, verdaderas categorías históricas. Esta falta de reflexión y esfuerzo sobre los conceptos que articulan, como coyunturas y goznes, la informe materia histórica, que le dan figura y movimiento es la que proporciona a los libros de historia más ilustres y recientes un aspecto tosco y arcaico, incompatible con las exigencias de nuestra actual comprensión. Es, a mi juicio, inaceptable el desnivel que la historiografía al uso padece entre la precisión con que maneja los documentos y la imprecisión con que emplea las ideas estructurales constructivas, categóricas de lo histórico.

La estructura real de lo histórico no consiste nunca en los datos que el filólogo y el archivero encuentran, como la realidad del Sol no es la imagen visual de un disco flotante «del tamaño de una rodela» como dice Don Quijote. Los datos son síntomas o manifestaciones de la realidad. Los datos son dados a alguien para algo. Ese alguien es en este caso el verdadero historiador – no el filólogo ni

el archivero –, y ese algo es la realidad histórica. Ahora bien, esta realidad histórica está en cada momento constituida por un número de ingredientes variables y un núcleo de ingredientes invariables o constantes. Estas constantes del hecho o realidad histórica son su estructura radical, categórica, *a priori*. Y como es *a priori* no depende de la variación de los datos históricos. Al revés, es ella quien encarga al filólogo y al archivero que busque los datos necesarios para la construcción de tal o cual época concreta. La determinación de ese núcleo categórico es el tema principal de la historiología.

Y no es, sin más, psicología. Porque ésta estudia el individuo, que es una abstracción, El individuo de la psicología ha sido arrancado a un todo mucho más amplio de quien concretamente depende. Ni empieza ni termina en sí el individuo; flota, está sumergido en realidad histórica que en él se individualiza. Hay, pues, una realidad específicamente histórica – interindividual o multiindividual – que no es tampoco sociología, porque la unidad social tiene pasado, está ella misma inmersa en esa realidad temporal y espacialmente más ancha que la sociedad, y que es lo histórico.

He aquí por qué es preciso instaurar una nueva disciplina que yo denominaría historiología, cuya misión resulta de lo dicho perfectamente clara. Podía también llamarse meta-historia, porque su papel es con respecto a la investigación histórica el mismo que la metafísica de la materia ha sido para la física. Sólo que en el caso de ésta se hizo antes la metafísica y sólo después se inició la investigación, mientras que en la historiografía se ha comenzado al azar la investigación usando una metahistoria espontánea que el ambiente de cada época deposita en las cabezas o la inspiración genial de cada autor le hace improvisar.

Sólo cuando exista una *historiología* la historia dejará de ser en lo esencial un cronicón, porque sólo entonces estará constituida plenamente como ciencia empírica, a semejanza de la física. Pues es un grave error suponer que puede existir una ciencia empírica labrada con puro empirismo, es decir, con la mera constatación de contingencias. Contingente es «lo que pasa», pero nada pasa si además y antes no es, quiero decir, si no posee una estructura *a priori*. Pasar significa sólo acontecer aquí y ahora algo real. Pero este algo real no consiste en su acontecer, sino en aquello que ahora y aquí pasa. La inocencia del puro empirismo – inocencia que estaba reservada al siglo XIX – consiste en confundir lo que algo tiene de acontecimiento con lo que tiene de ser. Pasa que en los idus de marzo Bruto mata a César, pero ni Bruto, ni César, ni el matar consiste en haber pasado en los idus de marzo. Ese acontecimiento supone una estructura invariable, la cual hace posible que en cierto instante acontezca aquel famoso suceso. Este suceso – por ejemplo – no hubiera podido pasar en una realidad histórica donde no existiese Estado, Tradición, Revolución, donde, en consecuencia, no hubiese crímenes políticos. Se dirá que es esto una perogrullada, pero yo creo que la ciencia se diferencia de la poesía en su constante aspiración a la perogrullada, es decir, a la evidencia. Se impone, pues, frente al puro contingentismo en que ha sido educada nuestra mente reaprender la sabiduría que ya lograron los griegos – Parménides, Platón, Aristóteles – según la cual «ser» significa las constantes de un fenómeno.

Lo histórico, que es, en definitiva, la vida humana en sus variaciones, consiste, por lo pronto, en un sistema de constantes. Estas constantes son las que abren un margen a su propia variación. Y la misión completa de la historia consistiría en determinar, ante cada caso, cuál es la porción constante y cuál la indentación que el azar y la contingencia producen en aquélla. Así, toda etapa y situación que tomemos nos mostrará que en ella es posible un cierto número de cosas y que otras son, por el contrario, imposibles. Pero cuáles de entre aquellas posibilidades se realizan depende del azar.

Yo quisiera que se me mostrase dónde y cuándo ha sido estudiado un poco a fondo este formidable problema de lo que es necesario y lo que es azaroso en historia. Con sólo perseguir un poco esta cuestión nos encontraríamos ante una rigurosa anatomía: veríamos cómo el azar tiene su límite, mucho más próximo de lo que se supone y que, por tanto, el *lógos* histórico es más extenso de lo que se presume.

Nos urge conocer, siquiera en vaga proximidad, la estructura real de lo histórico. Como toda estructura real tendrá su substancia: quien subsiste en lo histórico. Sin embargo, no es esto – la substancia – lo más urgente. Lo histórico comienza por presentárenos en forma de variación en el tiempo, de modificación, de cambio. Lo histórico es primero cambio histórico. Por tanto, su aspecto primario es movimiento. De aquí que nuestra curiosidad más urgente vaya a esta pregunta: ¿qué hay

de real en ese movimiento aparente, por tanto, en qué consiste el movimiento real? Hasta pudiera ocurrir que la substancia histórica fuese en sí misma movilidad, es decir, movimiento.

De tal modo siente Hegel este carácter móvil de la historia, de tal modo ve a ésta como esencial inquietud que su metafísica (lógica) queda informada por esa visión. No ya lo histórico sino lo absoluto es movimiento. Pero como a la vez para él lo absoluto es Idea se trata de un puro movimiento lógico.

Ahora bien, su filosofía de la historia se reduce a mostrar que cada punto de tránsito de ese movimiento lógico – y en el orden racional que a éste preside y le mueve – encuentra un representante en la historia (un pueblo) en un orden temporal que es conforme con el racional.

El aspecto del movimiento histórico coincide con el movimiento absoluto de la Idea.

Pero aquí se ve cómo se trata sólo de un paralelismo espectral, contingente, una resonancia casual del puro proceso lógico en el histórico. La realidad del movimiento histórico no está así ni de lejos definida y construida. Para ello sería preciso lo siguiente: así como en el proceso lógico intemporal cada determinación nace de la antecedente por necesidad de la fuerza lógica, sería menester mostrar qué fuerza y mecanismo no lógicos sino precisamente históricos, temporales, hacen que el momento griego salga del momento egipcio.

La dinámica del movimiento, que es precisamente la gran preocupación de Hegel en lógica-metafísica – fue por otra parte su intuición de lo histórico –, no está ni siquiera intentada. Lo que hace es clasificar los pueblos descriptivamente (no dinámicamente) bajo rúbricas – generalmente muy finas y certera – y luego encontrar que, así rubricados, su orden temporal coincide con el racional.